

cuyos descubrimientos y experiencias mayores servicios rindieron al arte de la minería y á la ciencia de los metales. El libro que Alonso Barba publicó (1640), después de numerosas observaciones y prácticas, sobre el beneficio del oro y plata por el azogue, su fundición, etc., constituyó durante más de un siglo la guía técnica de los metalurgistas, que en él encontraron muchos procedimientos nuevos, y repetidamente se tradujo al francés, inglés, italiano y alemán. Bustamante, Contreras y Saavedra fueron inventores ó perfeccionadores de diversas especies de hornos para destilación del azogue, alguna de las cuales (la de Saavedra) aun está en uso en Almadén. Medina inventó é introdujo en Méjico, á mediados del siglo xvii, el procedimiento de la amalgama, que también se atribuye á Mosén Antonio Boteller (1564) y á Juan de Córdoba. Perfeccionaron el invento Juan Capellín y Pedro Fernández de Velasco. Pérez de Vargas dió, antes que nadie, indicación precisa del manganeso, que se usó en la vidriería, y noticia del grabado en metales por medio del agua fuerte. A Torres se le atribuye la invención de aplicar el *icho* (especie de esparto) como combustible para las operaciones con el azogue, con lo que se ahorra la leña. Garcés hizo numerosas experiencias en las minas del Perú sobre el uso del azogue para el beneficio de la plata (1557). El bachiller Garci Sánchez parece haber sido el inventor del empleo del hierro en esas operaciones, con ahorro de azogue, que ya en 1586 se usaba: si bien le disputan la invención los mineros hermanos Corzo y Don Gabriel de Castro. Jerónimo de Ayanz ideó varios aparatos y procedimientos útiles en metalurgia y realizó un viaje oficial de exploración por las sierras de Toledo, Andalucía y Palencia para el reconocimiento de minas, del que resultaron numerosas observaciones, consignadas, en parte, en un informe que Ayanz publicó en 1603. Finalmente, Juan de Arfe (§ 770) publicó en 1572 una obra titulada *Quilatador de la plata, oro y piedras*, que, aparte su importancia artística, contiene noticias y resultados acerca de las aleaciones y trabajo de los metales preciosos, que sirvieron de base á todos los tratados posteriores de esta materia. El progreso de estos estudios en España—singularmente el de los referentes á minería—es tanto más de apre-

ciar, cuanto que, en los primeros años del reinado de Carlos I, acudíase todavía á los metalúrgicos alemanes para dirigir las explotaciones de América y España, como se ve en una de las condiciones del asiento de 1528 para Venezuela (§ 740) y en el empleo que de ellos se hizo en las minas de Guadalcanal (Sevilla).

755. Los naturalistas.—No menos interesante es la serie de nuestros naturalistas, á quienes el nuevo mundo descubierto ofreció novedades innumerables, que ellos supieron ver, estudiar é incorporar á la ciencia, ya en las contestaciones á los interrogatorios de descubrimientos (§ 751), ya en las relaciones de viajes, ó en obras especialmente dedicadas á la descripción de nuevas especies de los llamados tres reinos de la Naturaleza. El interés que esta clase de estudios despertó entonces, adviértese en algunos hechos significativos, ya por su carácter oficial, ya por la amplitud de ideas que suponen. Tales son: el jardín de aclimatación de vegetales de América, que estableció en Sevilla Don Fernando Colón; el de Aranjuez, ya citado; el del médico Nicolás Monardes, de que hablan documentos de 1554 y se considera como muy notable; el de Simón Tovar, digno de mención por su riqueza, su método y los catálogos anuales que publicaba; el museo de curiosidades naturales, de Rodrigo Zamorano; las colecciones botánicas que de América se enviaban y Felipe II mandó reunir y confiar al Dr. Antonio Nardo, y el viaje científico á las Indias, realizado en 1570, con protección oficial, por el Dr. Francisco Hernández, para estudiar la historia natural, geografía, etc., de Nueva España y Perú: viaje organizado y preparado de tal manera, que los de hoy—dice un autor moderno—«podrán ser más numerosos y mejor dotados de recursos materiales, pero en cuanto á la clase de personal, objeto de su cometido y modo de desempeñarlo, en el fondo, pocas diferencias ofrecen». De esa expedición, rica en resultados científicos, salieron, entre otros libros, la *Historia de las plantas de Nueva España* (3 vols.) y el *Rerum medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*, que escribió el propio Hernández, hombre de mérito singular en estos estudios. A su lado deben figurar, como principales naturalistas, el jesuita P. Acosta, autor de una *Historia natural y moral de las Indias*

(1590), cuyo libro IV está casi todo él dedicado á botánica; Cienfuegos, que escribió una voluminosa *Historia de las plantas*, con admirables dibujos iluminados; Castañeda, cuyas cartas al botánico Clusio son importantes como reveladoras de especies exóticas; Pedro Jaime Esteve, que compuso un *Diccionario* de las hierbas y plantas medicinales del reino de Valencia (siglo xvii); Andrés Laguna, uno de los más ilustres profesores castellanos, traductor y ampliador de Dioscórides, con noticias procedentes de sus trabajos de herborización y experiencias farmacológicas, especialmente notables en lo relativo á fanerógamas y helechos; Cristóbal Acosta, cuyo *Tratado de drogas y medicinas de las Indias*, rico en observaciones botánicas y mineralógicas, tuvo numerosas traducciones; Mármol, que en su *Descripción general de África* (1571-99) da noticia de producciones vegetales poco conocidas de aquel continente, tarea en que le precedió Juan León, llamado el Africano (1556), de origen árabe español; Juan Bautista Monardes, que hizo un ensayo (el primero, según se cree) de flora general española (1536); su homónimo Nicolás Monardes, ya citado, cuyo libro de las plantas medicinales de América (1565 ?), revelador de muchas novedades botánicas, fué traducido, ensalzado y utilizado en toda Europa; García de Orta y Robles Cornejo, tratadistas de la flora asiática; Alvaro Castro, autor de un *Diccionario de Historia natural* (*Janua Vitae*, 1526); Alfonso Chacón, de quien quedan cinco libros de la misma materia, especialmente de mineralogía; Vélez de Arcienaga, que escribió de los animales «más recibidos en la Medicina» é hizo una exacta clasificación de las tortugas; Juan Plaza, catedrático de la Universidad de Valencia, botánico famoso, con quien consultó su contemporáneo Clusio acerca de la flora española; Francisco Micó, autor de muy completos estudios sobre las plantas de Montserrat y Sierra de Guadalupe y observador incansable; Esteve, que se ocupó especialmente de las de Valencia y escribió una *Historia de los vegetales*, sumamente estimada en su tiempo; Jaraba, anotador de Dioscórides, como Nebrija, que le precedió; Gil y Jiménez y Fragoso, exploradores del Moncayo, los Pirineos, el reino de Sevilla y otros puntos desde el punto de vista botánico y, el segundo, autor de un *Catalogus simplicium medicamentorum*

(1566) que se reimprimió en varias naciones; los historiadores de América, Herrera, López de Gómara y Sahagún, que en sus respectivos libros incluyeron numerosas noticias nuevas sobre productos minerales, vegetales y animales de aquel continente, y otros que fuera prolijo enumerar y entre los cuales se cuentan varios traductores y comentadores de las obras clásicas de Aristóteles y Plinio. La misma profundidad de concepto y plan que hemos notado en otras ciencias, se advierte con respecto á la botánica en las Constituciones de 1611 de la Universidad de Valencia, que ordenan la efectución de excursiones con los alumnos, no sólo para recoger vegetales, sino, también, para observarlos en el medio natural en que se producen; cosa que también practicó en Coimbra el catedrático valenciano Francisco Franco.

Como aplicaciones prácticas de estos estudios y otros que les están relacionados, debemos mencionar los de agricultura, horticultura y jardinería, en que se distinguieron, como compilador, Gabriel Alonso de Herrera, y como tratadistas originales, Fuentes Montalbal y Gregorio de los Ríos, á quien Nicolás Antonio reputa por el primero que trató del cultivo de los huertos é invernáculos. Pero esta materia tuvo escaso desarrollo, relacionado con la pobreza de la agricultura (§ 725).

756. Los estudios de medicina.—Ya hemos visto que, á fines del siglo xv (§ 598), la medicina había entrado en un camino experimental, que hacía augurar grandes resultados, y los dió, en efecto, en el siglo xvi, merced á la difusión de las clínicas y de los estudios anatómicos y á los grandes progresos de la botánica y mineralogía medicinales, ya referidos. Los dos principales centros de la enseñanza médica parecen haber sido, en aquel tiempo, las Universidades de Salamanca y Valencia, aparte la de Barcelona, que continuó la tradición de siglos anteriores, con la inmediata influencia de la gran escuela de Montpellier. Los hospitales de Salamanca y otros puntos (Carlos V creó el del Buen Suceso; en el mismo siglo se fundó el de Santiago, etc.), aparte los marinos á que se atendió igualmente, favorecían las investigaciones y prácticas anatómicas, á la manera del de Santa María de Gracia, de Zaragoza (§ 598); y aunque Felipe II redujo su número, los que

quedaron siguieron con sus clínicas, cosa que ayudó mucho a la formación de buenos médicos y cirujanos. Entre los de la región castellana, descuellan, en el siglo xvi, Andrés Laguna, ya citado antes, cuya reputación fué universal y le valió ser profesor en Bolonia y la confianza de Carlos I, del papa Julio III y de otros muchos grandes personajes; Gómez Pereira, ya citado como filósofo y que en su libro *Novae veritatis que Medicinae* (1558) demostró ser un investigador experimental de verdadera valía; Vallés, apellidado el *Divino*, profesor en Alcalá y médico de Felipe II, hombre de muy discreto sentido, libre de muchos de los prejuicios de que solían padecer los doctores de su tiempo, y representante el más alto de la restauración de la medicina griega (de Hipócrates y Galeno), que es una de las notas características de estos estudios en el siglo xvi y señala el fin de la preponderancia de las doctrinas árabes medioevales, cuyos partidarios recalcitrantes sostuvieron empeñadas polémicas con los innovadores. Al lado de estos tres grandes médicos, deben citarse á Cartagena, Mena, Medina, Lemus y Santa Cruz, catedráticos en Salamanca. En la Universidad valentina, la impulsión de los estudios médicos parece que partió de un catedrático llamado Ximeno, que, tras haber cursado en Lovaina, París y Pavia, ingresó en aquel claustro en 1584 y trajo un nuevo espíritu en materias de enseñanza, que encarnó en las ordenanzas dadas por aquel tiempo á la Universidad. Continuadores de él fueron Ledesma, Esteve (estudiante en París y Montpellier, ya citado), Pascual, Plaza (también citado), Polo, Segarra (á quien muchos reputaron por el mejor médico español de su tiempo), Luis Collado (émulo de Vallés), el naturalista Melchor de Villena, y otros, que mantuvieron el crédito de la escuela valenciana, hasta que en el siglo xvii, como veremos, sobrevino la decadencia general de estos estudios.

También gozaron de fama en la misma época: Juan Calvo, uno de los mejores cirujanos de fines de siglo xvi; Daza Chacón, cuya *Práctica y teórica de cirugía* (1580) es muy original en el capítulo de las heridas de armas de fuego; Luis Mercado, cuyas obras (en tres tomos) muy reputadas, se reimprimieron varias veces en España, Alemania é Italia; Diego Merino, que hizo

indicaciones muy razonables sobre el trato de los locos; Jerónimo Murillo, autor, como Mercado, apreciadísimo en el extranjero; Pedro de Torres, que escribió una celebrada terapéutica de la enfermedad de las bubas, muy común entonces; Juan Valverde, cuya *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556 y varias ediciones más en años sucesivos) compite, si no supera—como algunos opinan—á la clásica de Versalio; Francisco Díaz, médico de Felipe II, á quien se atribuye la prioridad en la uretrotomía; Leonardo Jachino y Martín Acakia, catalanes: el primero catedrático en Florencia y Pisa, y el segundo, médico de Francisco I de Francia, muy celebrado en esta nación, y cabeza de una dinastía de doctores del mismo apellido; López de Villalobos, médico de Carlos I, de mayor fama como literato y humanista que como científico (pues su *Sumario de Medicina* y su *Libro de los problemas* están en verso, y además tradujo comedias de Plauto), aunque no fué poca la que tuvo, también, en este respecto; Juan Antonio de Campos, que con Bataller y otros escribió sobre medicina legal, principalmente de la acción de los venenos; Pedro Benedicto Mateo, Sepúlveda, Solano y algunos más, autores de farmacopeas muy completas; Francisco Franco, ya citado, que escribió, sobre la base de numerosas experiencias, un *Libro de enfermedades contagiosas y de la preservación de ellas* (1569); Simón Tovar, cuyo *Examen de los nuevos métodos de composición de los medicamentos* (1586) le muestra como experimentador químico, precursor en este orden de estudios, á más de ser, como ya vimos, un botánico eminente; el catalán Onofre Bruguera, catedrático y epidemiólogo del siglo xvi; Valero Tabar, aragonés, inventor de figuras para la enseñanza de la anatomía; su paisano Juan Falcón, catedrático y decano de la Universidad de Montpellier; Montserrat, anatómico; Tomás Porcell, que se distinguió en la anatomía patológica de la peste inguinal, y otros muchos ya citados entre los naturalistas (v. gr., Monardes). En las colonias americanas hubo también algunos médicos insignes, como el Dr. Pedro López, que fundó en Méjico (1572) el primer establecimiento de expositos; Gregorio López, de cuyas palabras, en cierto pasaje de una de sus obras, parece poderse deducir que se ensayaba entonces en América el anestesiar á los sujetos á opera-

ciones quirúrgicas por medio de la mandrágora; Alonso López y Juan de la Fuente, peritos en autopsias, que ejercitaron a menudo; el Dr. Cárdenas, cuyo *Tratado de problemas y secretos maravillosos de las Indias* contiene doctrinas muy interesantes; el P. Agustín Falfán, autor de un libro de medicina de que se hicieron cuatro ediciones, etc.

Párrafo aparte merecen los médicos que principalmente se señalaron por sus doctrinas de filosofía natural ó sus teorías generales sobre algún punto de fisiología ó antropología. En este grupo, entran Servet de cuyo descubrimiento se habló (§ 709); Vallés, ya citado; Huarte de San Juan, y el autor cuyas obras han sido atribuidas, durante mucho tiempo, y con error, á una mujer, Doña Oliva Sabuco de Nantes. Huarte de San Juan, cuyo libro *Examen de ingenios para las ciencias* se imprimió en 1575 y se tradujo pronto á varios idiomas, es el primer representante español de una serie de tratadistas que, enlazando los estudios físicos con los psicológicos, trataron de demostrar la influencia del cuerpo sobre el espíritu en el hombre y la posibilidad de deducir, de los datos anatómicos y del temperamento, las cualidades intelectuales y morales de los individuos. Es, con esto, juntamente, precursor de la frenopatía y de todos los autores que, en el siglo XVIII, elevaron á la calidad de cuestión palpitante ésta de las relaciones entre lo físico y lo espiritual, que en el siglo XVI tomó con Huarte caracteres muy salientes. Huarte es, además, digno de ser considerado por sus observaciones pedagógicas, enlazadas con su tema de la fijación de las aptitudes esenciales é innatas en los individuos. Con posterioridad á él, escribieron en el mismo sentido un Luis Fernández (1602), autor hasta ahora inédito, y el médico catalán Esteban Pujasol, de acentuadas tendencias frenológicas y fisionómicas (1637). Es muy probable que no fuesen éstos los únicos, y que existiese una verdadera corriente no interrumpida en la ciencia española, tocante á este género de estudios.

A Doña Oliva Sabuco de Nantes se le han atribuido dos obras: la *Vera medicina* y la *Nueva filosofía de la naturaleza oculta á los antiguos* y *Auxilios y remedios de la verdadera medicina* (1587), en las cuales se advierten, aparte observaciones experimen-

tales sobre fisiología, antropología y psicología (origen del alma, facultades de ésta, afectos y pasiones), ideas sobre la actividad de la materia y vislumbres de doctrinas y descubrimientos que más tarde habían de tener plena confirmación y amplio desarrollo en la ciencia, aunque, á veces (v. gr., la del suco nérveo ó corriente nerviosa), sean sumamente incidentales y vagas las indicaciones. Pero hoy día se sabe ya, por documentos auténticos, que el autor de aquellos libros, cuando menos de la *Nueva filosofía*, fué el bachiller Miguel Sabuco y Alvarez, padre de Doña Oliva, á quien, por su orientación filosófica, hay que incluir entre los antiaristotélicos más independientes.

En cuanto á la organización profesional de los médicos, aparte los exámenes y títulos que se daban en las Universidades, continuó el tribunal del Protomedicato (§ 598), reorganizado varias veces en los siglos XVI y XVII, ya con un protomédico y varios examinadores, ya con tres de aquéllos y examinadores suplentes ó incorporados al tribunal. Examinaba éste á los bachilleres en medicina procedentes de las Universidades españolas y á los que habían cursado y obtenido títulos en Universidades, extranjerías: siendo de notar que siempre se les exigían años de práctica (dos) con médicos experimentados, para que pudiesen ejercer, y lo mismo á los cirujanos (cuatro años) y á los boticarios (cuatro), y que los exámenes debían ser también prácticos, con efectuación de operaciones ó examen de materias ante los jueces, como se ve en los cirujanos y boticarios (pragmática de 1588). Sobre este carácter, no ya en los exámenes, sino en la enseñanza anterior á ellos, insiste particularmente una pragmática de 1617, que empieza quejándose de «la mucha falta de buenos médicos» que hay en España, y preceptúa que en las Universidades se den, parte de las explicaciones, oralmente, y parte dictando resúmenes ó apuntes, además de las prácticas. También se encarece mucho la formación de cirujanos algebristas, ó sea versados «en reducir y concertar miembros dislocados y quebraduras de huesos». De las resoluciones del tribunal de protomédicos, sólo cabía apelación ante el mismo. Las boticas debían ser visitadas periódicamente por los protomédicos y examinadores. En Zaragoza, los médi-

cos, organizados en gremio—cuya existencia legal confirmó y robusteció Carlos I,—constituían un tribunal que examinaba á los aspirantes al título, así como á los cirujanos, é inspeccionaba las boticas. Así continuó hasta 1585. Por este tiempo había ya en la Universidad zaragozana numerosas cátedras de medicina y cirugía, que poco á poco habían ido creándose. Un autor hace ascender á 82 el número de catedráticos de estas disciplinas, durante el siglo xvii y casi todo el xviii.

Con todo esto, no se contuvo la decadencia de la medicina. Acerca de ella se consultó á las Universidades, según parece, en dos ocasiones: una, antes de 1617, y otro hacia 1630. Una representación de la de Salamanca, escrita alrededor de 1620, atribuye la decadencia á haber sustituido, para el examen, los textos de Galeno, Hipócrates, Avicena, etc., por el de Mercado, que se aprendía de memoria, y á que los bachilleres examinados por el Protomedicato se contentaban con este título y no continuaban luego sus estudios en las Universidades: cosa que también ocurría con los abogados revalidados en las chancillerías, las cuales gozaban de escasa reputación. Pero había causas más profundas que ésta, y la mayor de todas era haber caído de nuevo los estudios—aun con los textos de Hipócrates y demás grandes autoridades—en pura teoría y verbalismo y en una idolatría inconsiderada de los maestros griegos, á quienes se llegó á considerar como imposibles de todo error y corrección. Inútil era que las experiencias anatómicas de los cirujanos y de algunos médicos, contradijesen los supuestos teóricos de los libros que, con creciente veneración, se leían ó explicaban en las Universidades, pues los prendados de ellos no admitían enmienda. Así se produjo una lucha científica muy curiosa—no especial de España, sino general en el mundo, por entonces—entre los doctores universitarios (llamados «latinos» por su conocimiento de los libros clásicos) y los cirujanos ó barberos revalidados, á quienes se apellidaban *romancistas* porque no solían poder leer sino castellano, y que, empíricos, apegados á la disección y á la observación, compensaban con el sentido de realidad que éstas les infundían, la carencia de títulos académicos. Un episodio característico de esta lucha es el ocurrido en 1697, en Sevilla. Los revalidados de esta ciudad fundaron

una asociación, que celebraba reuniones para comunicarse los socios sus experiencias y trabajos personales y las noticias que sobre los adelantos de la medicina podían adquirir. Al punto, surgieron enemigos de esta corporación, que acusaron á los miembros de ella, entre otras cosas, por «su doctrina espargírica ó medicina experimental... contraria á la doctrina de Aristóteles, Galeno é Hipócrates, mandada observar en las Universidades del Reino». Llevado el asunto al Consejo real y oído el Protomedicato, se resolvió, con buen criterio, en favor de la licitud de la asociación sevillana y de sus fines (cédula de Mayo de 1700). Pero la reforma general no se produjo hasta el siglo xviii (§ 834). De la suma de trabajos experimentales hechos en los siglos xvi y xvii, quedó no obstante, además de la adquisición de muchas substancias médicas nuevas (la quina, entre ellas), el descubrimiento de algunas curaciones como la de la sífilis, la de ciertas enfermedades hepáticas, la de algunas epidémicas, etc.

577. Extensión de la vida literaria nacional.—Con haber sido tan exuberante como se ha visto, en algunas de sus manifestaciones, la producción científica, aun lo fué más la literaria. Contribuyeron á ello, de una parte, el humanismo y el impulso del Renacimiento todo, que preferentemente llevaba al cultivo de las bellas letras y las artes y encendía, con el renovado favor de los modelos clásicos, el deseo de imitarlos y continuarlos; y de otra, el empuje de todas las fuerzas de este orden acumuladas en el siglo xv y que tan hondamente demostraron corresponder á una de las direcciones esenciales y genuinas del espíritu español. La opinión pública, que de una manera tan general prosiguió, acentuándolo, en el siglo xvi y buena parte del xvii, el afán por la cultura (§ 743), se mostró singularmente propicia á las manifestaciones puramente literarias, más asequibles á la masa por su carácter estético y aun por el halago de la curiosidad y del placer psíquico; y en los mismos hombres de estudio, el favor de las bellas letras fué tal, que no pocos de los dedicados á las más austeras disciplinas (filósofos, matemáticos, naturalistas, médicos) no pudieron sustraerse á rendirlas culto como autores. La difusión erudita del latín y el griego, y la facilidad que alcanzaron muchos españoles, por

resultado de las guerras y relaciones políticas, de conocer otros idiomas vivos, principalmente el italiano y el francés, abrieron á los ávidos de lectura, cada día más, nuevos horizontes y nuevos elementos de nutrición artística, reelaborados con gran actividad, que mantuvieron y aumentaron el poder de las dos influencias triunfantes ya á fines del siglo xv (§ 599); dado que la francesa no se señaló sino rara vez, pasando la literatura de aquel país, de dominante, como lo fué en la Edad Media (§ 527), á dominada, según veremos (§ 767).

El efecto de las citadas influencias se notó hasta en el idioma, produciéndose en ciertos géneros un retroceso del castellano á favor del latín, y el creciente uso del italiano (en cuya lengua llegan á escribir algunos poetas, v. gr. en el *Cantionero general*, de 1520), que derrama por el romance de Castilla una lluvia de italianismos, visible aun en los más castizos escritores. No sólo se redactan en latín muchos libros de historia (entre ellos el del P. Mariana, en su primera edición) y, desde luego, la mayoría de los de ciencias (zoología, filosofía, derecho, bibliografía, etc., y no sólo en Castilla, pero también en Cataluña), sino que los poetas tienen á gala versificar en aquel idioma (v. gr., Garcilaso y Luis de la Cadena) y los humanistas lo usan aun en materias literarias (v. gr., el dean Martín) y, desde luego, en las eruditas de gramática, lingüística, etc. En las Universidades, el idioma oficial era el del Lacio, con prohibición (v. gr., en Salamanca) de usar el castellano, excepto en algunas pocas cátedras: prohibición general en toda Europa y que aun en el siglo xvii perduraba en París, y en el xviii en Alemania. Claro es que, aparte la idolatría por los clásicos, influía en el latinismo el natural deseo de los hombres de ciencia, de ser entendidos en toda Europa: cosa no posible todavía sino usando un idioma que era conocido de todos los cultos y al cual solían traducirse los libros escritos en castellano que traspasaban las fronteras. No faltaron protestas de algunos patriotas, entre ellos Pérez de Oliva, quien, en su diálogo de la *Dignidad del hombre*, se esfuerza por demostrar que el castellano es tan propio como el latín para las exposiciones más elevadas de la ciencia. Delens andloga hizo Ambrosio de Morales, quien, con deito de amargura, escribió estas palabras: «Por culpa ó negligencia de

nuestros naturales está (la lengua castellana) tan olvidada y tenida en menos, que ha perdido mucho de su valor. Y aun se pudiera esto sufrir ó disimular, si no hubiera venido en tanto menosprecio que ya casi hasta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada...» También detendió el uso del castellano, en su *Crónica*.

El patriotismo de Morales le hizo exagerar en esto. No faltaban libros notables en todos los órdenes de ciencia, escritos en castellano y no se oponía esta circunstancia á su celebridad y á que fuesen traducidos á otros idiomas. El mismo caso de a *Historia*, de Mariana, prueba que el gran público—que es quien suele pagarse más de las modas literarias—prefería el habla nacional. Y en efecto, ésta fué poco á poco penetrando en el campo de la literatura didáctica, aunque sin ganarlo por entero, pues la fuerza tradicional del latín era enorme y se la prestaba mayor la Iglesia, en quien era idioma oficial; pero en la literatura amena (que al calor de los romances había nacido y había ido creciendo), ni aun dejó que arraigase el cultivo de otros idiomas, apoderándose del campo por entero, como era lógico que sucediese, en invasión triunfante que elevó el castellano á la categoría de uno de los grandes idiomas literarios del mundo, y le trajo, por añadidura, una altísima perfección ganada en el diario esfuerzo para amoldarlo á todos los estados de pensamiento y á todos los empeños de expresión. Lo que era popular ó al pueblo se dirigía—desde la mística hasta la novela—fué escrito en castellano; y el latín quedó á la postre para los eruditos y para las cuestiones de alta investigación, ó las muy especiales que á la masa no solían interesar; pues hasta los tratados de aplicación (náutica, v. gr.) y los de política, se escriben, en su inmensa mayoría, en castellano. El cual—además—siguiendo el impulso adquirido en el siglo anterior, se impuso en toda la Península (§ 599), arrollando á los otros idiomas (incluso, en parte, el portugués, que no pocos de los naturales del reino unido por Felipe II á la corona de Castilla, dejaron, para escribir en la lengua hermana) y se derramó por los otros países europeos que con nosotros tenían relaciones, singularmente por Italia, donde hubo poetas que lo manejaron, en contraste con los que italianizaban aquí.

Esta victoria del sentimiento nacional y del idioma que representaba la parte de la Península convertida entonces, por mil causas históricas, en la directora de todas las demás, trajo, unida á la gran difusión de la cultura en la clase media y en la aristocracia, esa exuberante producción á que nos hemos referido anteriormente, acompañada de una popularidad que hace de la vida literaria de España, en los siglos XVI y XVII, un fenómeno verdaderamente colectivo, en el que participa la mayoría de la nación. Sin duda, es de notar que muchos de los literatos son soldados y eclesiásticos, y que no es raro el caso de los que empiezan siendo lo primero para acabar siendo lo segundo; pero esto no indica un exclusivismo social en el cultivo de la literatura, sino, tan sólo, que la constante situación de lucha en Europa y de conquista en América hacía guerreros aun á los hombres que más afición demostraban á ocupaciones que parecen pedir de suyo paz y descanso; y que el catolicismo del pueblo español, la consideración que iba unida al carácter sacerdotal, los provechos que éste solía traer, y esa misma necesidad de sosiego que, tras una vida azarosa se manifiesta con mayor vigor en los hombres á quienes las cosas de la inteligencia atraen, llevaban á muchos á trocar la espada por el hábito, ya para redimir faltas pasadas, ya para dedicarse mejor á sus estudios y producciones favoritos. También es cierto que algunos ramos de la literatura iban unidos directamente al carácter sacerdotal, v. gr., la poesía mística; pero el número de literatos laicos es grande, mayor que nunca hasta entonces, y sobre todo, es inmensa la entusiasta participación del público en la vida literaria.

Las academias, tertulias y cenáculos literarios que en el siglo XV habían sido ya abundantes, se multiplican ahora en número grandísimo. Apenas había palacio nobiliario en que no se rindiase culto á la poesía, juntándose los deudos, allegados, patrocinados y amigos del cabeza de la casa ó del heredero joven. Baste citar las casas del almirante de Castilla, el duque de Alba, el conde de Monterrey y el duque de Cardona, centros de tertulias literarias á que concurrían muchísimos nobles y no pocas damas, entre las cuales había bastantes poetisas. Los nombres de Sessa, Asculi, Gandía, Ficalho, Cortés, Heredia,

Urrea, Portocarrero, Hurtado de Mendoza y muchos más de la alta nobleza, figuran entre los patrocinadores ó cultivadores de la afición reinante. Las reuniones domésticas y pasajeras se convierten pronto en academias eruditas y estables, como *La imitatoria*, creada en Madrid, en 1585, por un «caballero principal de la Corte» y que vivió poco, aunque en 1611 vino á ocupar su puesto la del duque de Lerma; la celeberrima de *Los nocturnos*, que en Valencia formaron los literatos (1591); la *Pitima contra la ociosidad*, que en Zaragoza fundaron dos damas nobles (1608); la de *Los humildes*, de Huesca, que patrocinó otra dama, etc. Por todas partes hay certámenes poéticos, hasta en las iglesias, y las Universidades premian en sesiones solemnes á poetas distinguidos, como Figueroa, Vega y Ramírez Pagán. En la misma corte del rey penetra el cultivo de la bella literatura. Carlos I se muestra aficionadísimo á los libros de caballería y se los hace leer en alta voz; Felipe II, cediendo á los gustos de sus hijas Doña Catalina y Doña Isabel Clara, tolera que la poesía forme parte en las distracciones palaciegas en academias que aquéllas presiden; y con Felipe IV se llega al punto culminante de la protección y el amor á lo literario. El mismo rey escribe comedias, alienta á los escritores, los favorece con honores ó destinos y llena las antecámaras del palacio real con los poetas, dramaturgos y prosistas de su tiempo; y á la vez que esto ocurre, el público rebosa en los teatros, acude numeroso á los autos sacramentales, compra afanoso los libros de mérito, acompaña con el aplauso á los grandes autores y se apasiona con las polémicas literarias. Aunque la decadencia fué grande, no fué suficiente á empañar el brillo de tan largo período de esplendor.

758. Los gramáticos y los retóricos.—La manifestación doctrinal más importante y preferida de la corriente doctrinal, estuvo en los estudios gramaticales, singularmente del griego y el latín. Los humanistas se aplican á ellos, al mismo tiempo que redoblan en su afán de traducir al habla nacional los grandes modelos del clasicismo; y hasta los motivos religiosos les ayudan, excitando el interés de los helenistas por la lectura de los textos escriturarios y patológicos y llevando al cultivo de las lenguas orientales (singularmente, el hebreo). Casi todos

los nombres de autores ilustres citados en los párrafos de teólogos, filósofos, y aun historiadores, figuran también al frente de gramáticas, retóricas, vocabularios y comentarios de todas esas lenguas sabias, cuya enseñanza ya vimos era muy general, así como en traducciones, anotadas ó no, de los escritores antiguos, incluso no pocos de secundaria importancia y de la época bizantina. La bibliografía humanista es una de las más ricas en esta época de la historia de España, y no sólo tiene interés nacional, sino que algunas de sus obras se enlazan dignamente con la ciencia europea, ocupando lugar importante al lado de las producciones maestras de los humanistas germanos é italianos. Sólo para dar idea del conjunto, citaremos aquí algunos de los cultivadores más ilustres de este ramo de estudios, no sin recordar que varios de los de la época anterior (Nebrija, v. gr.), maestros de las generaciones nuevas, vivieron y enseñaron durante más ó menos tiempo del siglo XVI. Lo que Nebrija para el latín, fué Arias Barbosa para el griego, y tras él siguen los dos Vergaras (Juan y Alonso), traductores de Aristóteles y Heliodoro; León de Castro, Pedro Juan Nuñez, Vicente Mariner (el más copioso de los traductores griegos, cuya edición de los fragmentos de Festo y del epitome de Paulo elogian los helénistas modernos), Pedro de Valencia (que vertió al castellano obras de Tucídides, Teofrasto, Dion Crisóstomo y otros autores), González de Salas, Pedro Simón Abril, Páez de Castro, Hurrado de Mendoza, Gonzalo Ponte de León, Ledesma, Correas, Palmireno, Vilalobos, y otros varios. Aun más crecido fué el grupo de los latinistas, en que, aparte muchos de los que se acaban de citar, debe considerarse á Antonio Agustín, Pedro Chacón, Tomás Correa, Luis Vives, Lorenzo Balbo, Nuñez Pinciano, Gouvea, Bartolomé Barrantos, Pedro Juan Nuñez, Alfonso Sánchez, Baltasar de Céspedes, Malara, Medina, el P. Manuel Alvarez, el P. Perpiñá (orador latino muy notable), el P. Juan Luis de la Cerda (el más ilustre de los comentaristas españoles de Virgilio), el citado deán Martí, Ximénez Patón, llamado el *masmo trilingüe* (latín, griego y castellano), Aloysia Sigera (una de las mujeres españolas que se distinguieron, de modo sobresaliente, en el estudio de humanidades) y cien más, que sería prójimo

referir. En las lenguas hebrea y caldea se distinguieron Alfonso de Zamora, Juan Bautista Pérez, Jerónimo Muñoz, Trillas, Fr. Martín Castillo, Diaz Pareniano, y en la árabe, Fray Pedro de Alcalá, Fr. Juan López, López de Tamarid, Alfonso del Castillo, etc.; no siendo raros los estudios comparativos de dos ó tres idiomas (v. gr.: castellano, latín y griego por Gonzalo Correas; hebreo, griego, latín y castellano por Miguel S. Nadal, y otros ejemplos que pudieran citarse). Indicación singular merece aquel Arias Montano, maestro en todos los idiomas antiguos, que con igual derecho puede incluirse entre los latinos, como entre los helénistas y dominadores del hebreo.

Excitada ya la curiosidad de los humanistas por todos estos estudios, invadió el de otros idiomas, que por diferentes motivos solicitaban su interés; y así, aparte de los que publicaron diccionarios y gramáticas del catalán, francés, italiano, portugués, etc., aplicáronse muchos al conocimiento de los idiomas del extremo Oriente (chino, japonés, brahmánico, etc.) y sobre todo al de los extrañas lenguajes de las tribus americanas y oceánicas. El caudal de gramáticas y vocabularios de esta clase que debemos principalmente á los misioneros de las Indias y de Filipinas, es inmenso, y constituye hoy la base imprescindible para estudiar esos idiomas, que la diligencia de los investigadores españoles reveló y salvó del olvido muchas veces. Apenas hubo región de América con lengua propia que no fuese objeto de trabajos de este género, alguno de los cuales, declarado como insustituible (v. gr., el Vocabulario mexicano y castellano, de Fr. Alonso de Molina), ha sido reimpresso modernamente. También fueron estudiados los idiomas indígenas de Filipinas (tagalo, pampango).

No quedó olvidado por esto el castellano. Nebrija había dado el ejemplo (§ 597) en su *Arte de la lengua castellana* y en su *Diccionario*, y lo siguieron otros, merced á cuyos trabajos (combinados con los de los poetas, novelistas, historiadores, filósofos, etc., que de mil modos enriquecían y plegaban el idioma á la expresión de todas las ideas y de todos los estados de pensamiento) se fué fijando el habla nacional, depurándose su gramática y determinándose su escritura (muy vaciante en las más de las reglas ortográficas, á comienzos del siglo XVI), y aun

se inició su historia y la apreciación de sus varios elementos, Bernardo Alderete, en su tratado *Del origen y principio de la lengua castellana* (1606); Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611); Herrera, en sus *Anotaciones á Garcilaso* (1588); Valdés, en su *Diálogo de la lengua*, importantísimo en la historia de la filología castellana (1536); Fr. Miguel de Salinas, Juan de la Cuesta, Pérez de Oliva, Gonzalo Correas, Simón Abril, Fr. Luis de León y otros, son los representantes de esta corriente lingüística nacional, tan interesante para el porvenir del idioma, y en ellos se manifestó ya una fuerte corriente favorable á la escritura fonética y contra la etimológica. Estos trabajos tuvieron su complemento en las varias y copiosas colecciones de refranes castellanos, que, empezando en la del marqués de Santillana (fines del siglo xv), se continúan en el xvi con las de Blasco de Garay, Hernán Núñez, Pedro Vallés, Malara, Horozco, Melo, etc.

Tan asiduo y variado cultivo de los estudios gramaticales, y el abundantísimo material lingüístico reunido, hizo naturalmente pensar en cuestiones más generales que las que planteaba en cada caso la singular consideración de cada idioma. Hemos citado antes algunos estudios de gramática comparada del castellano con otras lenguas. La idea fué aplicada á las de Filipinas por el P. Pedro Chirino; pero no quedó en esto, sino que subió á mayores desarrollos en Arias Montano, en quien se inicia la empresa de comparación y clasificación general de las lenguas, y en el Brocense, uno de cuyos libros (la *Minerva*) muestra también atisbos de una gramática general y filosofía del lenguaje.

Los estudios de gramática comprendían entonces los de retórica, á que naturalmente sentíanse inclinados los humanistas. Al calor de ellos y de los mismos problemas que iba levantando la enorme producción literaria y la lucha de escuelas, que ya detallaremos, se desarrolló la preceptiva y la crítica, que á veces tocaba las esferas propias de la estética particular de las bellas letras. A esta corriente de estudios, que no siempre se expresa en escritos autónomos de suficiente relieve exterior, pertenecen los estudios humanistas de Alfonso Sánchez, en cuyos juicios sobre Lope de Vega se ad-

vierte la penetración de principios estéticos que lo elevan sobre la estrechez del clasicismo; la *Filosofía antigua poética* (1596), de Alonso López, el Pinciano, comentario á la *Poética* de Aristóteles, cuyas doctrinas hacen á López precursor de las novedades románticas de Lope y su escuela; la *Nueva idea de la Tragedia* (1633), de José Antonio González de Salas, comentario, también, á Aristóteles, más agudo y profundo que el anterior; el *Arte nuevo de hacer comedias*, de Lope de Vega (1609); *El culto sevillano*, de Juan de Robles, en que se discuten (1631) las cuestiones de estilo; el *Arte de Ingenio, tratado de la Agudeza* (1642), ó, como se tituló en su 2.^a edición, *Agudeza y Arte de Ingenio* (1648), de Baltasar Gracián, verdadero código de la retórica conceptista (§ 763); las *Tablas poéticas*, de Cascales, en que se exponen doctrinas de teoría literaria y retórica; el *Genio de la Historia* (1635), de Fr. Jerónimo de San José y, en general, casi todas las obras de los tratadistas de historiografía, que discuten de manera especial lo concerniente al estilo y arte literario de las narraciones, discursos, etc. (§ 750); y, en fin, la mayoría de los libros de los humanistas, empezando por los de Luis Vives, en los que se hallan numerosas doctrinas de este género, y muchos de los cuales se motivaron en las polémicas literarias de los siglos xvi y xvii (§ 760 y 763). En la serie de todos estos escritos se hallan representadas doctrinalmente las diferentes tendencias que se reflejaron en la producción de los varios géneros de literatura, según veremos.

759. Los precursores del gran teatro nacional.—Es el teatro uno de los géneros en que revelaron los españoles de los siglos xvi y xvii más originalidad y más fuerza, y de los que más extensa y profundamente influyeron en la literatura de todo el mundo culto. Al comenzar el reinado de Carlos I, todavía imperaban en el teatro español Gil Vicente y Torres Naharro (§ 602). El primero seguía produciendo obras en que, aparte reminiscencias y claros influjos de Juan del Encina, se muestran cualidades de ingenio, de fantasía y de inspiración lírica, muy suyas. Aunque sus autos y comedias no se sabe si llegaron á representarse en España (es decir, fuera de Portugal), su influencia sobre Lope de Vega y Calderón es indudable, incluso en el argumento de alguna de sus obras. De

Torres Naharro, cuya muerte se cree ocurrida en 1530, se reimprimió la *Propaladía* cinco veces, desde 1520 á 1545, lo cual muestra lo bien acogidas que fueron sus comedias. Aunque de momento influyó menos de lo que esto puede hacer suponer, en la producción de sus contemporáneos é inmediatos sucesores, su papel de precursor de los grandes dramaturgos es indiscutible. A su escuela y á la de Gil Vicente—y, por tanto, á la de Encina—pertenecen López de Yanguas (1480?-1550), Sánchez de Badajoz (muerto en 1548?), Orozco, Palau, Pedraza, Ferruz, Castillejo, Alvarez Ayllón, Hurtado y otros muchos, que escribieron, ya *farsas* y *autos* de carácter religioso y simbólico, ya escenas de costumbres (sobre el modelo de la *Celestina*, alguna vez): en todas cuyas obras, aparte condiciones artísticas que algunas revelan, sobresalen con frecuencia excesiva libertades de expresión que llegan, muy á menudo, á obscenidades, no obstante que esas obras se solían representar en conventos (v. gr., las de Orozco). El escándalo subió á tal punto, que las Cortes celebradas en Valladolid, en 1548, pidieron al rey que se pusiera coto á la publicación de tales comedias; y así se hizo, con lo cual se destruyeron no pocos ejemplares del teatro castellano de aquellos años. Pero el impulso dado por Encina y sus contemporáneos no se perdió, aunque luchaba también con la escuela humanista ó clásica, alimentada por las frecuentes traducciones de dramas y comedias de Eurípides, Sófocles, Plauto, etc., y por la composición de imitaciones en latín (v. gr., el sevillano Juan de Malara).

La regeneración del teatro popular se debió al sevillano Lope de Rueda, comediante, primero, y luego autor dramático, cuyo nombre figura por primera vez en 1554. En su teatro se distinguen dos grupos de obras: uno, formado por las imitaciones ó traducciones de los clásicos (Plauto, v. gr.) y de los italianos (Boccaccio, Ranieri, Ciecchi, etc.); el otro, constituido por obras originales, entre las que sobresalen los *pasos*, intermedios dramáticos episódicos, que él inventó, notables por su ingenio, por el diálogo vivo y pintoresco y por la intuición de las cualidades teatrales de la obra. La influencia de Rueda sobre sus contemporáneos fué grande y alcanzó á escritores de tanta personalidad como Cervantes. Muchos de los citados más

arriba—Orozco, Pedraza, etc., y otros más de mediados del siglo—fueron imitadores suyos, y, como él, tomaron de los italianos asuntos é inspiraciones, desenvolviéndolos á la manera de Rueda. Entre ellos citaremos tan sólo á Pedro Navarro, ó Naharro—á quien Cervantes coloca inmediatamente después de aquél—y Francisco de Avendaño, el primero que dividió la comedia en tres actos, división que quedó luego como clásica en España. Pero el servicio mayor que Rueda prestó al teatro castellano fué el de fortalecer su prestigio y convertirlo en verdaderamente popular, merced á las representaciones en público, establecidas por él.

Amigo suyo y continuador fué el valenciano Juan de Timoneda, á quien se atribuye la invención del *entremés* (que ya usaron Orozco y Prado) y

que, como imitador de Rueda, de Naharro y de los italianos, alcanzó gran éxito. Mucho más importante fué Juan de la Cueva (1550-1609), cuya doctrina dramática enemiga de la forma clásica de Séneca, se dirigió á suprimir las famosas «unidades» del teatro y á inclinar á los autores á tomar por base temas de historia ó costumbres nacionales. Esta doctrina la practicó en muchas de sus obras, en las que introdujo, también, gran variedad de metros hasta entonces no usados. Innovador fué igualmente su contemporáneo Rey de Artieda, el primero que dramatizó la leyenda de los amantes de Teruel (1581), notable por su ternura y su sentimiento de lo patético. Otro contemporáneo de Cueva, Virués, se distinguió por la nota melodramática exagerada, pero brillante, de algunas de sus producciones: nota que también se encuentra en Lupericio Leonardo de Argensola, popularísimo en su tiempo. Méritos mucho más positivos tuvo Miguel Sánchez, cuyo arte delicado, lógico y seguro no fué apreciado de-



Fig. 47.—Lope de Rueda según un grabado de 1567

bidamente por sus contemporáneos, aunque le apellidaron *divino*. También por entonces (1583 á 1587) se ensayaba en el teatro Cervantes, dando á la escena más de veinte obras, no exentas de mérito (sobre todo, consideradas con relación á la época en que fueron escritas), pero cuyos defectos resaltan más comparadas con las novelas inmortales del mismo autor. En la producción teatral de Cervantes, sobresale el drama *Numancia* por el sentimiento patriótico que lo inspira, por el brillante lirismo de algunos de sus pasajes y por la invención trágica de ciertos episodios. No parece, sin embargo, que Cervantes lograse gran éxito en el teatro; y aunque volvió á él en los primeros años del siglo xvii, su nombre quedó oscurecido por el de los grandes dramaturgos que ya brillaban.

760. La época culminante del teatro.—De ellos, el primero, cronológicamente, fué Lope de Vega (1562-1635), cuya comedia más antigua data de 1575, cuando el autor tenía 13 años. En 1585 gozaba ya de algún renombre como poeta. Hacia 1590 ya era aplaudido en el teatro. En 1598 su reputación creció con la novela pastoril *La Arcadia*, y en 1599 le hizo popular su poema á San Isidro Labrador. En 1604 llevaba escritas 219 obras teatrales, que en 1623 subían á 500, y todavía siguió produciendo, según dice un contemporáneo suyo, hasta el número de 1,800 comedias y 400 autos, más muchos entremeses; de todo lo cual sólo han llegado á nosotros 470 comedias y 30 autos; pero esto basta—añadido á otras muchas obras de géneros diferentes, que Lope escribió—para justificar la fama de genio que, por su facilidad y su perfección en la producción poética, tuvo en su tiempo, y el duelo general que causó su muerte. Basta decir, para comprender adónde llegaba la admiración de que fué objeto, que ésta se expresó en la forma irreverente de un credo, que comenzaba así: «Creo en Lope de Vega todo poderoso, poeta del cielo y de la tierra». Había motivos para tanta admiración, no sólo en la fecundidad literaria de Lope, sino en la superioridad de su teatro sobre todo lo conocido hasta entonces. Su profesión de fe estética la formuló en el *Arte nuevo de hacer comedias*, en que, con el pretexto de que el público es necio y no soporta las reglas pseudo-clásicas del teatro, realmente proclama la libertad más completa,

que realizó en sus obras, rompiendo con todas las trabas de sus predecesores y creando una literatura dramática nueva. Caracteres de ella son: la inventiva exuberante, la amenidad sostenida, la destreza en el manejo de la fábula y de los personajes, la elevación de la mujer á un primer puesto en la trama dramática (cosa que en sus predecesores no existía), el instinto de los efectos teatrales, la intensidad de la emoción, la gracia, naturalidad y nobleza del diálogo, y el realismo. Prodigiosamente variado en los argumentos, traslada á la escena casi toda la historia de España, mucho de la sagrada y de las leyendas y biografías de santos, y refleja las costumbres de su época, en la comedia llamada «de capa y espada», de que es el verdadero inventor. Sus defectos emanan del exceso de su facilidad en el producir,



Fig. 48.—Lope de Vega.

de la improvisación y falta de plan con que escribía muchas obras; por lo que se ha dicho que, de ordinario, Lope es autor de escenas y no de dramas completos. Pero que los sabía escribir, lo prueba la perfecta construcción de no pocos y la grandeza de muchos de los últimos actos de sus obras.

Por su influencia arraigó profundamente en España el teatro profano, que Rueda sacó por primera vez de los palacios de reyes y nobles y de los conventos, para llevarlo á la plaza pública. Según Cervantes, «en tiempos de este célebre actor español (Rueda), todos los aparatos de un *autor de comedias* se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más ó menos. Las comedias eran unos coloquios, como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna pastora... No había figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual compo-

nían cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba el suelo cuatro palmos, ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llaman *vestuario*, detrás del cual estaban los músicos cantando sin guitarra algún *romance* antiguo». Esta sencilla tramoya fué complicándose y enriqueciéndose poco á poco, merced á la influencia de los actores italianos que vinieron á España y á las propias invenciones y mejoras de los españoles, como el toledano Naharro que, según el mismo Cervantes, «levantó algún tanto más el adorno de las comedias y mudó el costal de vestidos en cofres y baúles; sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, y hizo que todos representasen á cureña rasa, sino era los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro; inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas; pero esto no llegó al sublime punto en que está agora». En 1579 se estableció en Madrid el primer teatro permanente, llamado de la Cruz, que siguió poco después el del Príncipe (1582). En Valencia, en Sevilla y tal vez en Granada, se imitó este ejemplo; y desde entonces, popularizada la nueva distracción, actores ambulantes y compañías más ó menos numerosas (desde el *bululú*, ó solitario cómico de la legua, hasta la *farándula*, compuesta por diez y seis actores y catorce supernumerarios, cuyo repertorio llegaba á cincuenta obras) recorrieron todas las provincias y difundieron el gusto por el teatro. Pero la existencia de coliseos públicos y de representaciones del mismo carácter, no impidió que continuasen dándose fiestas teatrales privadas, en palacios, conventos, jardines y residencias de corporaciones laicas. En la jerga teatral llamábanse á estas representaciones, las *particulares*, reguladas por un auto de 1644, para evitar abusos. Lope, pues, encontró ya perfeccionado el instrumento y preparado el camino; pero á su arte se debe que el teatro apenas nacido no languideciera, sino que se elevara de pronto á enorme altura.

La nombradía de Lope y las cualidades positivas de su teatro, han eclipsado los méritos de otros muchos dramaturgos con-

temporáneos suyos, tales como Vélez de Guevara. Pérez de Montalván, Remón, Mira de Amescua, Enciso, Hurtado de Mendoza, Quiñones de Benavente, Monroy, etc., autores que merecen recordarse y entre cuyas comedias, dramas, entremeses y autos, hay algunas obras verdaderamente maestras. Pero también tuvo Lope contemporáneos que pueden medirse con él en muchas de las cualidades que constituyen un gran dramaturgo. De ellos merece el primer puesto Gabriel Téllez, fraile mercedario, más conocido por su pseudónimo de Tirso de Molina (1571-1658), autor de una de las más geniales encarnaciones artísticas de la leyenda



Fig. 49.—Tirso de Molina.

de Don Juan (*El burlador de Sevilla y Convidado de piedra*); del admirable drama histórico *La prudencia en la mujer*; de *El vergonzoso en palacio*, una de las comedias más finas y espirituales del teatro castellano; casi seguramente, de *El condenado por desconfiado*, el más profundo de los dramas teológicos de la época, y de otras obras igualmente famosas, en que el realismo, la pintura de caracteres, la profundidad de la idea, la emoción pasional, el arte dramático, igualan y, á veces, exceden á los de Lope. No tan grande—ni tan popular—como éste ó como Tirso, pero de una perfección acabada y de una originalidad en la concepción que á los mismos contemporáneos parecía «extraña», fué Ruiz de Alarcón (1581-1639), cuya comedia *La verdad sospechosa* ha que-



Fig. 50.—Don Juan Ruiz de Alarcón.

dado como modelo, imitado por el gran dramaturgo francés Corneille.

El sucesor directo de Lope fué Don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), que eleva el españolismo de aquél al grado más culminante en el orden de la representación religiosa y caballeresca. Es, en efecto, el dramaturgo que con más fidelidad



Fig. 51.—Calderón de la Barca.

y acentuación expresó en sus obras el catolicismo devoto de sus contemporáneos, los principios del honor y punto de honor que, derivados del ideal de la caballería, inspiraban en gran parte la conducta de los nobles (desde el simple hidalgo hasta el más alto Grande de España), pero que el teatro sublimó y exageró idealizando la realidad, y el sentimiento de fidelidad monárquica al modo como lo entendían los españoles de entonces, es decir, con reserva de los privilegios personales, de la dignidad y de las creencias religiosas. En el primer respecto, Calderón es, ante todo, el autor de *autos sacramentales* (exposiciones dramáticas alegóricas del misterio de la Eucaristía, parecidas á los misterios de la Edad Media: (§ 602) que se representaban al aire libre el día del Corpus. Nadie como Calderón supo expresar las abstracciones simbólicas del auto y las más sutiles ideas teológicas, con noble y elevada poesía. En el teatro profano, le distinguen de Lope la monotonía y artificio de la mayoría de los dramas; cierta gravedad y tiesura que lo hace poco apto para lo cómico; la sustitución del realismo franco de sus predecesores por una propensión á la alegoría y á los tipos representativos abstractos, y el exceso de brillantez y lirismo; turbado á menudo por la retórica y obscuridad de la tendencia culterana. Dentro de estas condiciones, no puede negarse su fuerza dramática, ni la hermosura de algunas

de sus ideas matrices. Imitó muchos argumentos de Lope, Tirso y otros, ajustándolos á su manera, y gozó de tanta fama y consideración como el primero, siendo el verdadero ídolo del teatro después de la muerte de Lope.

Contemporáneos suyos fueron Rojas Zorrilla (1590?-1660), más exagerado que él en la expresión de los ideales políticos y caballerescos, pero que ha dejado, entre otros, un drama excelente, *Del rey abajo, ninguno*; y Moreto (1618-1669), popularísimo por sus comedias de capa y espada, escritas con finura, habilidad y gracia exquisitas, que hacen de él un modelo en la alta comedia. Después de estos nombres, pudiera citarse una larga lista de discípulos y continuadores de Calderón—Coello, Cubillo de Aragón, Zárate, los Figueroa, Zabaleta, Solís, Diamante, Hoz, Bances Candamo, el portugués Matos Fragoso, etc.—en cuyas manos el teatro va decayendo y exagerando los defectos que ya en Calderón apuntaban, hasta la completa decadencia al finalizar el siglo.

Como veremos (§ 767), la influencia de esta larga y brillante serie de dramaturgos, que llena dos siglos, sobre la literatura de otros países europeos, fué grande, y en esa expansión mostró su fuerza y valer. De todos ellos, sin embargo, la fama conservó en primer término, y restauró en tiempos recientes, el nombre de Calderón, cuya superioridad ha constituido por mucho tiempo una característica de la doctrina de los críticos modernos. Más tarde, se ha producido una reacción en favor de Lope, con reconocimiento de las cualidades en que éste supera indudablemente á su sucesor. Finalmente, se ha iniciado una corriente importante, que tiende á restaurar el prestigio de Tirso, colocándolo al nivel de Calderón y Lope y, en algunas cosas, por encima de ellos. Esta trilogía, acompañada de los nombres de Alarcón, Rojas, Moreto, y quizá Vélez de Guevara, señala los momentos más culminantes de la literatura dramática española, que se enlazan con Rueda y Sánchez y con los predecesores del siglo xv.

761. La novela española anterior á Cervantes.—En la época de los Reyes Católicos, quedó planteada (§ 601) la triple dirección de la novela española, añadiéndose, á los dos tipos anteriores de la novela amatoria y la caballeresca, el de la pica-

resca, cuyo modelo fué *La Celestina*. Con breves excepciones, toda la literatura de este género, hasta Cervantes—y, saltando por encima de él, en sus sucesores—se desenvuelve en esos tres sentidos fundamentales, de los que, el primero, toma especialmente el carácter pastoril ó *pastorial*, y el segundo se extingue á comienzos del siglo xvii.

Fué, en cambio, este género caballeresco, durante todo el xv, el más popular y gustado, porque satisfacía mucho mejor que las novelas del tipo amatorio, sentimental y pastoril—pocas en número en los comienzos de la época, algo monótonas y poco interesantes—las necesidades imaginativas del público. La novela picaresca, no obstante la continuada fama de *La Celestina*, no pudo por entonces luchar ventajosamente con la caballerescas, porque, como veremos, se desarrolló poco antes de Cervantes, y así, los libros de caballería fueron el pasto preferido y la lectura de moda de los españoles y de los extranjeros, arrastrando en su favor el gusto de reyes como Carlos I, de espíritus tan de otro temple como Sta. Teresa de Jesús (que en su juventud escribió una fábula de ese género) y hasta de sus mismos censores, como el religioso Pedro Malón de Chaide, quien lo imitó en su *Conversión de la Magdalena* (1588).

Hasta se dió el caso de trastornos mentales, más ó menos pasajeros é intensos, causados por la asidua lectura de estos libros: hechos que preludivan en la realidad uno de los factores del personaje cervantino.

Malón de Chaide tenía razón en censurar aquel género literario, que, aparte sus peligros para la moral, había caído (y cada día más se precipitaba en este sentido) en las mayores extravagancias é inverosimilitudes, unidas á una pesadez y tosquedad de factura, que la repetición continua de lances é intrigas hacían aún más intolerables. La serie de los *Amadises*, que ya había llegado antes, con *Las Sergas de Esplandian* (601), á lamentable decadencia, vivió aún en nuevas y desdichadas continuaciones hasta 1546, en que se publica la última de ellas. Continuó, al mismo tiempo, la de los *Palmerines*, que va, desde *el De Oliva*, ya citado (1611), hasta *el de Inglaterra* (1547-1548). Pero aparte de estas series, se escribieron otros muchos sucesos, de los cuales, el último fué el *Policisne de Boecia* (1600).

Sólo por excepción retoñó el género más adelante, como, v. gr., en el *Don Polindo*, de 1626. En el público español del siglo xvii había ya pasado la moda de tales libros que, fuera de España, en traducciones é imitaciones múltiples, siguieron privando algún tiempo más.

La novela *pastorial* ó *pastoril*, dirección nueva de la sentimental y amatoria que en el siglo xv había intentado varios caminos, vino á España, procedente de Italia (donde la inició en 1502 un español italianizado, Sannazaro), por influencia directa de autores portugueses. Uno de ellos, Jorge de Montemor, ó Montemayor, escribió en su idioma patrio y en castellano (la mayor parte en este último) los *Siete libros de la Diana* (1558?) vulgarmente conocida sólo por la *La Diana*, primera novela *pastorial* en romance de Castilla. El éxito de este libro en toda Europa provocó aquí numerosas imitaciones, entre las que deben citarse la *Diana enamorada*, de Gil de Polo (1564), la *Galatea*, de Cervantes (1584-85), y la *Arcadia*, de Lope de Vega (1598). Las altas cualidades literarias de estos tres autores lograron vencer, hasta donde era posible, los vicios de origen del género, artificioso, insípido, monótono, lánguido y sobradamente idealista y sentimental. Aquellas falsas imitaciones de la vida campestre, con personajes que aparentan ser pastores y hablan como hombres de refinada cultura, eran realmente insostenibles, y sólo artistas como los citados pudieron animarlas y prestarles méritos excepcionales, ya por la viveza comunicada á ciertas descripciones, ya por el brillante lirismo de algunos trozos en verso, ya por la hermosura de la dicción y del estilo en la prosa. Con todos sus defectos, la novela *pastorial* mantuvo su boga hasta mediados del siglo xvii. Muchos de los grandes escritores le pagaron tributo, y el mismo Cervantes (cuya *Galatea*, no obstante primores de estilo que á veces la hacen digna de lo mejor que escribió su autor, no tuvo el éxito que éste esperaba) demostró siempre cierta debilidad por el género y hasta poco antes de morir estuvo prometiendo una segunda parte de aquella obra, no obstante haberse burlado de los falsos pastores en el célebre *Coloquio de los perros*. Quizá la explicación de esta preferencia—y de la del público—está en el fondo pasional que las ficciones bucólicas envolvían, en el